



La ausencia que me dejaste
Mercedes Lezcano

© Mercedes Lezcano, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta e interior: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-76-1

THEMA: FBA

Depósito legal: M-14103-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Voy sin saber dónde, espero sin saber qué.

Alphonse de Lamartine

Quería contar a los israelíes una historia: la historia palestina. [...] Llevo veinticinco años escribiendo en hebreo y no ha cambiado nada. Veinticinco años aferrado a la esperanza, creyendo que no es posible que la gente esté tan ciega. Veinticinco años en los que apenas he tenido motivos para ser optimista, pero he seguido creyendo que sería posible, que un día este lugar en el que conviven judíos y árabes sería una historia donde no se negaría la historia del otro. Que un día los israelíes dejarían de negar la *nakba*, la ocupación, y el sufrimiento del pueblo palestino. Que un día los palestinos estarían dispuestos a perdonar y que juntos podríamos construir un lugar en el que valdría la pena vivir, exactamente como en esos cuentos con final feliz. Llevo veinticinco años escribiendo, recibiendo críticas amargas de ambos lados, pero la semana pasada tiré la toalla. La semana pasada algo se quebró dentro de mí. Cuando vi a la juventud judía recorriendo la ciudad y gritando «muerte a los árabes» y atacar a los árabes sólo por ser árabes, me di cuenta de que había perdido mi pequeña guerra personal.

Sayed Kashua

Nacido en Tira, Israel, de padres palestinos.

Fragmento de *Llega un nuevo día:*

Notas de una vida palestino-israelí.

1

Un día más anduvo por la ciudad como sonámbula. Oscuras nubes invadían el brutalmente bello y amenazante cielo rojizo al caer la fría tarde.

Tomó el bulevar Saint Germain, penetró por el de Saint Michel y, rodeando el Jardín de Luxemburgo, alcanzó la calle d'Assas.

Sin mucho entusiasmo entró en el jardín del sugestivo taller-museo de Ossip Zadkine. Se desprendió del gorro de lana, de la bufanda y del abrigo y los depositó en el guardarropa. Acudir a la muestra sobre Ossip Zadkine había sido idea de su padre. Lo buscó con la mirada. No lo encontró. La joven Adélaïde, asistente de la exposición, al verla desorientada, se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarla?

—No, gracias. Busco a mi padre, pero quizás aún no ha llegado.

Diligente, la joven hizo una seña a uno de los camareros para que se acercara, tomó dos copas de *champagne* y ofreció una a Sylvie.

—Gracias.

—¿Es usted artista? —preguntó, para iniciar una conversación.

—No. Pero me interesa el arte.

—¿A qué se dedica?

—A nada.

Una risa forzada de desconcierto precedió a un tímido gesto antes de decir:

—No le entiendo.

—Intento desprenderme de los recuerdos.

—¿De todos?

—Solo de los más dolorosos.

—¿Y lo consigue?

—No es fácil.

—¿Tiene problemas?

—Perdone, pero es algo privado.

A la joven Adélaïde le sorprendió la actitud seca y distante de Sylvie. Únicamente había pretendido ser educada y cordial con alguien que parecía encontrarse fuera de lugar en aquel espacio.

—Tiene razón. Discúlpeme. Le dejo, debo atender al resto de invitados. Espero que disfrute de la visita.

—Gracias.

Y dejando su copa en una mesa, se alejó extrañada e incómoda.

El calor del ambiente, el *champagne* y las personas que iban llenando el singular edificio hicieron que Sylvie empezara a sentirse mejor. En aquella época de su vida ser invisible era lo único que ansiaba. Como si la convivencia con los otros la dañara. Entablar una conversación con extraños le producía fatiga y hastío. Intentó concentrarse en las bellas esculturas expuestas mientras daba pequeños sorbos a su copa.

—¿Cómo está mi pequeña?

La voz de su padre le hizo volverse.

—Bien, papá. Tranquilo —le dijo sonriendo, mientras este la escrutaba con la mirada intentando averiguar su estado de ánimo.

—Me alegro.

Cada noche, antes de acostarse, su padre le telefoneaba para constatar que seguía viva.

—Cariño, ahora estoy jubilado... así que tú eres mi única preocupación. Perdona que sea tan pesado.

—Lo sé. No me hagas caso.

—Estoy contento de que hayas venido, ¿qué te parece?

—Muy interesante. Y el lugar es precioso.

Siguieron recorriendo la exposición «El instinto de la materia» mientras Louis le hablaba del escultor ruso.

—Le conocí poco antes de su muerte. Mi padre me llevó a una exposición suya cuando yo aún era un adolescente.

—¿Cómo era?

—Un tipo curioso. Tenía un hermoso y elegante cráneo cubierto de un alborotado cabello blanco. Su rostro... alargado y anguloso, con surcos profundos que enmarcaban una boca de gesto enfadado y labios apretados. Recuerdo que me impresionó una cabeza esculpida en mármol de aspecto trágico que tituló *El poeta*.

—Parece que te dejó huella.

—Sí. Yo era un niño muy impresionable en aquella época. Como ves, su arte no deja indiferente a nadie.

—Me ha encantado el grupo escultórico homenaje a los hermanos Van Gogh. Esas dos figuras de hombre entrelazadas con sus brazos y la manera delicada en que la cabeza de uno de ellos está apoyada en la del otro me han parecido bellísimas.

—Él siempre hablaba del diálogo entre la materia y la creatividad del artista. Del respeto por el material empleado era de donde sacaba parte de su inspiración.

—Tiene una gran fuerza. Como ese animal esculpido en bronce que ilustra el cartel.

—Cierto, es muy potente...

—Y las esculturas salpicadas por el frondoso jardín, como envueltas por la naturaleza... me parecen un prodigio

de buen gusto. Medio ocultas entre la vegetación. Debió de ser feliz trabajando y viviendo en esta casa-taller.

—Bueno, su vida no fue, precisamente, un lecho de rosas.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que sé, su padre, que vivía en Smolensk y era profesor de griego y latín, envió al joven Ossip a estudiar a Londres. Tras vivir varios años entre Londres y Smolensk, vino a París a la escuela de Bellas Artes en 1911. Fue aquí donde se interesó por la escultura. Todo iba bien para él hasta que sus ancestros judíos le obligaron a dejar Francia. Durante la Segunda Guerra Mundial se refugió en EE. UU. Luego regresó a París, se instaló aquí en esta hermosa casa, y comenzó a cosechar éxitos y premios. Tenía una gran personalidad. Perdona, voy a saludar a Jérôme.

—¿Quién es?

—El comisario de la exposición. ¿Quieres que te lo presente?

—Déjalo. Te espero por aquí.

—Como desees.

2

Rastreaba las calles de París como si buscara algo. Caminaba, caminaba y caminaba... vehementemente. Se lo había impuesto para huir de aquella apatía plomiza, aquella anestesia emocional que la atenazaba. Era consciente de que debía librarse de ese sufrimiento que arrastraba desde hacía dos años.

«Tengo que dejar de escribirle cartas», se decía a sí misma. Cartas que jamás enviaba porque no sabía a dónde

dirigirlas. Las iba amontonando en un hermoso cofre de palo santo e incrustaciones de nácar que su abuelo materno le había regalado cuando aún era una niña. A veces, sentía la tentación de cerrarlo con llave y tirarlo al mar. A aquel mar Mediterráneo en el que soñaron que un día nadarían juntos. Una y otra vez se preguntaba qué había sido de él. ¿Por qué aquel silencio que le culpabilizaba? No podía aceptar que aquella historia de amor vivida hubiera sido una mentira. No ser capaz de comprender la situación la carcomía. Estaba sumida en un hoyo existencial del que era necesario salir. Su única solución era caminar y caminar. Todos los días, y durante horas. Caminaba con furia, como si tuviera prisa por llegar, hasta quedar exhausta. Entonces, arrastrando los pies regresaba a casa.

—¿Sylvie?

Una voz de mujer la detuvo. Anne, la exmujer de su padre, rondaba los sesenta, pero tenía algo juvenil en su aspecto. Vestía con elegante discreción, sin duda fruto de su dedicación al mundo de la moda.

—Soy Anne. ¿No me recuerdas?

—Claro. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tu padre? Me enteré de que había estado enfermo, pero no supe si era correcto llamarle o no.

—Tras vuestra separación tuvo problemas de corazón; sigue con su dieta y medicación, pero está muy bien.

—¿Podemos tomar un café? Ahí mismo.

—De acuerdo —dijo Sylvie a regañadientes, y entraron en el café de la esquina sintiéndose un poco incómodas.

—¿Café?

—Sí. Solo.

—Dos cafés solos, por favor —pidió Anne al camarero mientras se sentaban a una mesa—. Siento haberte abordado así, pero, aunque tú y yo no nos relacionamos mucho, necesitaba darte alguna explicación.

—No tienes que hacerlo —dijo intentando evitarla.

El camarero les sirvió los cafés y una jarrita de agua con dos vasos y se alejó.

—¿Te ha contado tu padre por qué nos separamos?

—No. Jamás me dijo nada. Tampoco era necesario.

—Siempre fue un caballero. Yo... me porté muy mal con él y me siento culpable.

—Bueno, las parejas se separan. No sois los únicos.

Anne, bebió un sorbo de su café y después dijo:

—Me enamoré de otro hombre y le engañé. Cuando se enteró, quiso saber si era una aventura o algo más serio. Fue muy generoso conmigo. Deseaba comprender qué había fallado en nuestra relación. Se preguntaba qué había hecho mal. Nos dimos un tiempo para reflexionar, pero... ya era tarde. ¡Estaba dispuesto a perdonarme!

—Le hiciste daño.

—Lo sé.

—¿Y te mereció la pena dejar a mi padre?

—No fue fácil. Pero sí. Al principio con Jean solo eran encuentros casuales porque ambos nos movíamos en el mundo del diseño. Es publicista. Y después cuando yo tenía que venir a París por trabajo siempre nos veíamos; al final, sin pretenderlo, nos enamoramos..

—¿Sigues con ese hombre?

—Por supuesto, pero me gustaría ver a tu padre. Que pudiéramos ser amigos. Decirle que yo sigo ahí por si me necesita. ¿Comprendes?

Sylvie apuró su café. La conversación le resultaba incómoda. Pero Anne continuó hablando.

—Cuando supe que estaba enfermo, me sentí tan culpable. ¿Crees que estaría bien que le llamara?

—No. Creo que no. Ahora está tranquilo. Disfrutando de su jubilación, vigilando su corazón, recuperando amigos que había dejado atrás y lo que menos necesita es verte. Lo siento.

—Pero si alguna vez surge la posibilidad de que lo vea...

—Tranquilizar tu conciencia no puede ser el precio de violentar su salud otra vez. Mi padre sufrió mucho.

—Comprendo. Me gustaría decirle que le recuerdo con mucho cariño. Toma mi tarjeta. Por favor, llámame si puedo hacer algo por él.

La guardó e hizo una señal al camarero para que trajera la cuenta.

—No. Déjalo. Yo te invito. Y gracias por escucharme.

Se le veía tan abatida que, ya puesta en pie, Sylvie añadió:

—Anne, todos cometemos errores. No eres la única.

—Gracias —le dijo apretándole la mano con cariño.

El inesperado encuentro la revolvió. Al salir a la calle, el frío le sentó bien. Era cierto que durante los escasos años que duró aquel matrimonio, la relación entre ellas, e incluso con su padre, había sido fría. La excusa era la distancia geográfica. Ellos vivían en Lisboa y Sylvie no paraba de viajar por el mundo. Sin embargo, también estaba el rechazo ante el hecho de que su padre se hubiera vuelto a casar. Los años y la experiencia hacían que ahora viera las cosas de forma distinta. ¡Quién era ella para juzgar a nadie!

3

No estaba teniendo una buena actitud. Aferrarse a la soledad era algo que iba en contra de su naturaleza. La pérdida de su relación con Bilal suponía un fracaso que no sabía cómo gestionar. Procuraba, en sus largos paseos, adentrarse en las calles más lóbregas, sombrías y menos transitadas como si quisiera hundirse, cavar un pozo y desaparecer. Se ocultaba

bajo un gorro de lana, una gran bufanda y gafas oscuras; una especie de escudo contra los transeúntes, como si temiera ser reconocida y obligada a dar explicaciones. ¿Qué era lo que temía? ¿De qué no deseaba hablar? Ni ella misma lo sabía. Únicamente le atraía la oscuridad. Pero aquella soledad, su arraigado vacío interior, el apego obstinado a una vida que había dejado atrás, forzada por las circunstancias, la estaba destruyendo. Aquella ausencia de horizonte vital la debilitaba físicamente. Apenas se alimentaba. No podía conciliar el sueño por las noches. Se estaba consumiendo, haciendo imposible su recuperación. Lo sabía. Sabía que debía reaccionar. Al doblar una esquina, la figura de un hombre la sobresaltó. Creyó verle a él. Aceleró el paso para alcanzarle. El hombre se giró. No. No era él. ¡Cómo iba a serlo! Bilal estaba en una cárcel israelí sin fecha de salida. Sintió náuseas otra vez. Apoyándose en la pared de un rincón húmedo de una calle vacía, vomitó.

4

Una noche más en vela intentando descifrar las razones de su silencio. Se desperezó antes de salir de la cama. Le dolían todas las articulaciones y la cabeza. Aquella pérdida de energía, su falta de interés intelectual, una melancolía asfixiante cubría su existencia de gris. Se sentía como Robinson Crusoe, arrojada a una isla desierta, despojada de todo; y sabía que, como él, debía reaccionar si quería sobrevivir.

En la calle, como cada mañana, la niebla se aferraba a la humedad del Sena. La triste belleza le acompañó un día más. De repente, recordó el herbolario Pigault-Aublan de la calle Pasquier. ¡Cuántas veces —de niña— acompañó

hasta allí a su madre! Orientó su paseo matutino en su búsqueda. Bordeó el Sena hasta alcanzar el puente de la Concorde, cruzó la hermosa plaza y subió hasta Madeleine para, desde el bulevar Malesherbes, entrar en la calle Pasquier. El herbolario, con su fachada roja muy llamativa, tenía mucho encanto y, además, olía muy bien, a hierbas, plantas medicinales y ungüentos que se acumulaban en sus estanterías.

Sylvie le habló de su decaimiento, falta de apetito, náuseas y su imposibilidad para conciliar el sueño. La amable dependienta le indicó que podía probar, sin problemas de adicción, a tomar *Hypericum perforatum*, conocida vulgarmente como hierba de San Juan. Una planta herbácea originaria de Europa y Asia central utilizada desde hace siglos para aliviar problemas neurológicos como la ansiedad, la migraña, los estados depresivos leves e incluso mejorar la calidad del sueño. En cuanto a las náuseas y la falta de apetito, le recomendó el jengibre; podía añadirlo a las comidas y también beberlo en infusión.

La dependienta era una mujer regordeta, de aspecto saludable y parlanchina, a la que le encantaba hablar del origen de sus plantas.

—Fue Marco Polo quien la dio a conocer en Europa al final del siglo XIII. Prueba estas dos cosas. Son inofensivas y pueden ayudarte. Pero si dentro de un mes ves que no mejoras, te aconsejo que vayas al médico. ¿De acuerdo?

—Gracias.

—Si notas mejoría ven a verme. Me alegraré mucho. Recuerda que debes alimentarte.

Sylvie metió aquellos remedios en el bolso como si de un talismán de la suerte se tratara, y salió de allí con una pequeña esperanza de recuperación.

De regreso a casa desde Concorde decidió bajar por Rivoli. A pesar de que todavía era primero de diciembre, pensó en buscar algún regalo de navidad. Le sobraba el

tiempo y quería mirar mucho antes de decidirse. Iría hasta la Bastille y bajaría por el bulevar Henry IV para mirar, en Bexley, unos zapatos para su padre.

De repente, un olor que conocía bien le asaltó, inquietándola. Se encontró de bruces con barricadas de neumáticos ardiendo, gente corriendo entre el humo, huyendo de los gases lacrimógenos, de los chorros de agua, y de las pelotas de goma lanzadas contra los manifestantes. Por un instante, la memoria la arrojó de regreso a Cisjordania. Después, perplejidad. Estaba en París, ¡en la calle de Rivoli!

Recordó una conversación telefónica de hace algunos años con André, su exnovio, mientras ella vivía su apasionado romance con Bilal en Ramallah. «¿Cómo puedes, siendo periodista, desentenderte de lo que está fraguándose en Europa?», le dijo. En ese momento, le achacó esa actitud a sus celos y a su deseo de tenerla cerca, pero aquella mañana, al presenciar tal violencia inusitada en su ciudad, pensó que se había estado perdiendo algo, ensimismada en su peripecia vital. «Quizá André tenía razón».

Se cobijó rápidamente en el salón de té Angélinas para intentar, con calma, comprender la situación. Subió a la primera planta.

—Un chocolate caliente y un *croissant*, por favor.

Mientras esperaba a que le sirvieran, un destello saltó en el interior de Sylvie, fue como si la periodista que hacía dos años había sepultado en la depresión resucitara. En aquel local, quedó atrapada durante una hora junto a otros clientes y percibía la inquietud de los camareros que temían que el establecimiento fuera dañado como había sucedido en otros sitios de la ciudad. La rabia de los manifestantes arrasaba con todo. Cuando pudo salir, cruzó el puente de la Tournelle y alcanzó su casa. Aquel encuentro con una violencia tan extrema la sacudió.

5

Antes de entrar en casa se paró en un quiosco y compró varios periódicos y revistas. Desde que la expulsaron de Israel había decidido olvidarse del periodismo, de cualquier tipo de prensa o informativo, no quería saber nada de todo aquello que le recordara su antigua vida. La decepción había sido demasiado profunda. Solo ansiaba olvidar. Encerrarse en sí misma. Sin embargo, la agresividad con la que se había topado aquella mañana la turbó de tal manera que quiso saber. «¿Qué está pasando?», se dijo.

Subió a casa con un cosquilleo en el estómago que le transportaba a tiempos pasados. Sobre la inmensa y hermosa mesa de su despacho extendió toda la batería de prensa nacional y extranjera que había adquirido, y comenzó a leer. Quería saber, pero tenía miedo de encontrarse con noticias que le hablaran de Israel o Palestina. No pudo evitarlo. Y leyó con avidez: «La Autoridad Nacional Palestina vivía con preocupación el acercamiento del primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, a otros dignatarios de países musulmanes sunnites». Con la declarada intención, una vez más, de combatir el terrorismo, Israel hacía amigos en África y en las monarquías del Golfo, con el objetivo común de aislar a Irán y, de paso, vender armamento militar. Si ese estrechamiento de relaciones entre árabes sunnites e israelíes se llevaba a cabo, la causa palestina quedaría aún más desprotegida y olvidada.

El corazón de Sylvie palpitaba con fuerza. Se preguntaba «¿Cómo estará Bilal? ¿Seguirá vivo?».

Trató de pensar en otra cosa. Fue hasta la cocina y recordó las cápsulas de hipérico que había comprado aquella mañana. Se preparó una tisana de jengibre y se la tomó. Volvió a su mesa de despacho y siguió leyendo. Allí estaban las

noticias de *les gilets jaunes*, los chalecos amarillos, que llevaban al menos un par de sábados invadiendo rotondas y carreteras periféricas. Todo había comenzado como una protesta, supuestamente espontánea, contra la tasa a los carburantes que había anunciado el gobierno de Emmanuel Macron. La furia desatada iba más allá de una subida del precio del gasoil; daba la impresión de ser una profunda crisis de representación de los partidos. Algo que venía de lejos y reventaba ampliado por el poder de convocatoria de las redes sociales. Era el agotamiento por las sangrantes desigualdades entre la población (ricos contra pobres) y los territorios (áreas rurales contra las grandes urbes). Los ciudadanos del planeta, no solo los franceses, tenían miedo ante la incertidumbre de un mundo globalizado que precarizaba sus empleos o los destruía. La robotización del trabajo era otra amenaza más que les aterraba. Sin duda, el peligro del cambio climático, que ya afectaba a todos los países, convertía en urgente la toma de medidas drásticas para atajar la contaminación, pero la clase trabajadora y rural, que necesitaban el coche para desplazarse y trabajar, se negaba a que la factura de las medidas recayera en sus ya precarios bolsillos.

Los recortes presupuestarios —que habían tenido lugar tras la grave crisis económica que se arrastraba desde 2008— para contener el déficit afectaban a los servicios sociales, a la enseñanza, al transporte, al alojamiento, a la sanidad; en especial a todas aquellas poblaciones que no eran de las grandes ciudades. Esa diferencia, ese abandono, ese desprecio, esa ceguera de los políticos había conseguido que saltaran las costuras de un traje que llevaba muchos años apretándoles. La furia de los franceses había estallado. Y como sucede siempre ante situaciones difíciles, los extremos políticos, de derechas e izquierdas, aplaudían la violencia, manipulando, para sus espurios intereses, unas reivindicaciones legítimas que podían perder su razón por la desmesura exhibida.

6

Pasadas las horas, seguía allí husmeando, ávida de novedades, rodeada de información que le abocaba a una realidad de la que llevaba dos años alejada. Dos años durante los cuales había dado la espalda al mundo exterior; hundida en un hoyo de amargura sin saber realmente quién era y cuál era su sitio. La desconexión había sido terriblemente profunda, incapacitándola. El brutal desgarró que el destino le había infligido la sumergió en una parálisis física y mental.

Las campanas de la iglesia de Saint-Louis-en-l'Île dieron las seis, y Sylvie continuaba leyendo con voracidad, página tras página, todo aquello que acontecía más allá de su parapeto emocional. Sintió apetito, pero nada de lo que tenía en casa le motivaba. Llamó a su padre para pedirle que la invitara a cenar.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Mejor, papá.

Su voz, realmente, sonaba más animada que de costumbre. Como si un leve rayo de vida la penetrara. Ese ligero indicio fue detectado por su padre, tranquilizándole.

—¿Qué te parece si cenamos juntos? —dijo Sylvie.

—Claro, ¿a dónde quieres ir?

—Me apetece pescado.

—¿Vamos a Le Port-Alma?

—¡Hum! ¡Maravilloso! Tengo hambre, aún no he comido hoy. ¿Podemos quedar temprano?

—Por supuesto. Nos vemos allí a las ocho. Yo reservo. ¡Es estupendo que tengas apetito, cariño!

—¿Sabes la dirección? Lo digo porque iré en taxi.

—Es al principio de la avenida New York.

—Vale, con eso tengo bastante.

Sylvie se relamió como un gato recordando el gazpacho de cangrejo. Miró el reloj de péndulo de la pared del despacho, que acababa de dar las seis y media. El tictac y las campanadas que daban las horas le habían acompañado toda la vida. Era una reliquia que habitaba la casa desde que los abuelos maternos se habían instalado allí. Aprendió de su madre a ponerlo en hora. Se retrasaba mucho, como si la vieja máquina se resistiera a sobrevivir a sus propietarios. Había algo poéticamente tierno en esa resistencia a seguir caminando. Cuando se detenía, había que darle cuerda con una llavecita que se guardaba en el interior de la caja del reloj e ir pasando las manecillas de media hora en media hora, dejándolas sonar hasta actualizarlo. En el pasado, siempre que volvía de sus viajes lo primero que hacía era ponerlo en marcha. Aquellos latidos eran, de alguna forma, los de sus antepasados. El tictac le daba paz, la acompañaba, y sus campanadas la situaban en el tiempo durante sus noches insomnes. ¿Qué sintieron, qué acontecimientos vivieron sus predecesores bajo aquel constante e inquietante tañido? Mantenerlo vivo era afirmar la tradición familiar.

Tras poner en orden todos aquellos periódicos que había estado escudriñando se fue directamente a llenar la bañera para arreglarse antes de reunirse con su padre. La imagen de la especialidad del restaurante, perca de mar en costra de sal con hinojo gratinada, la reconfortó. No lo reconoció; sin embargo, sentir apetito y regresar a la actualidad había despertado algo en ella. Una señal casi imperceptible comenzaba a surgir en su interior.

Durante la cena hablaron de la desconcertante violencia en las calles de París. Su padre se alegró de ver a su hija interesarse otra vez por algo que no fuera su drama personal. Louis era un hombre bien parecido, de facciones correctas y equilibradas, educado e introvertido, que intentaba, tras su jubilación, acortar la distancia que los años habían interpuesto

entre ellos. Pero la obcecación de su hija en no querer hablar de su experiencia pasada no les ayudaba. Sin embargo, la convivencia se movía en los términos de la cordialidad.

7

Estaba sentada a la soberbia mesa de su despacho estilo inglés de dos metros de largo por uno de ancho, sobre el tapete de piel color burdeos, una mancha de tinta mostraba la huella dejada por algún antepasado. La inmensa mesa era la pieza que más estimaba. Pasó la mano con cariño por su superficie, hacía poco que había nutrido su madera con la Cire Pâte de Louis XIII, la antigua fórmula de cera de abeja y trementina que siempre se había usado en la familia. Le encantaba aquel olor a un pasado lejano que siempre mantuvo la casa.

Desplegó todos los periódicos que había escrutado el día anterior. Volvió a ellos. Había estado demasiado tiempo retirada de todo. Sacudida por la agresividad que presenció en Rivoli, quería comprender. Desde que se licenció como periodista había visitado todos los conflictos posibles, habitado en países que estaban en guerra y, de alguna forma, aceptado el uso de la violencia por las situaciones extremas a las que las poblaciones eran arrinconadas. La reacción furiosa, como único recurso para la supervivencia, la aceptaba, pero ¿aquí en París?

El mundo era mucho más inestable e impredecible desde que ella le había dado la espalda. ¿O acaso era que la violencia le tocaba más de cerca?

Las desigualdades habían crecido en todas las sociedades desde hace treinta años. Y era, precisamente, lo que se denunciaba en Francia por rotondas, carreteras y calles.

Reclamaban un contrato social más justo. Pero ¿hasta qué punto este movimiento legítimo, en algunas de sus reivindicaciones, no estaba siendo manipulado y amplificado a través de las redes por fuerzas extremas de derechas e izquierdas, de dentro y fuera del país? ¿Cómo discernirlo en un mundo de mentiras? Todo era confuso. El problema de la desigualdad y la pérdida de calidad del Estado del bienestar era algo común en las sociedades occidentales, pero esa ira para reconducir la situación se le antojaba más como una maniobra de desestabilización de las democracias que un deseo de mejorar las cosas. Sobre todo, teniendo en cuenta los dañinos personajes que habían brotado en el planeta, como Donald Trump, Vladimir Putin, Xi Jin Pin, Mohamed Bin Salman, Recep Tayyip Erdogan, Benjamín Netanyahu, Jair Bolsonaro, Nicolás Maduro, y otros más cercanos como Mateo Salvini, Viktor Orbán.

Lo más preocupante era que la gran mayoría de ellos había llegado al poder a través de las urnas. Era evidente que las sociedades estaban en crisis, que la gente se sentía desorientada, pero los salvadores de las patrias que surgían por todas partes, aportando soluciones engañosas iban a ahondar más la fractura social, la inestabilidad, la pobreza. Demasiados fuegos estaban ardiendo y eran muchos los pirómanos. Miró el ya gastado globo terráqueo —todo un símbolo del deterioro— que había en un rincón de la estancia. Le vino a la memoria las imágenes de tantas películas sobre las dos guerras mundiales, donde los oficiales de uno u otro bando clavaban banderitas según las posiciones alcanzadas. Volvió a caer en la tristeza. Pensó en Bilal y en cómo le afectaría una posible guerra a gran escala. «¡Ojalá nunca llegue a descubrirlo!».

Se levantó y fue a la cocina a prepararse un café. Añoró el aroma y sabor del cardamomo que le ponía Bilal al café y sonrió.

Percibía una sensación de estancamiento en su vida; a su vez, el mundo se deslizaba al abismo como si fuera imposible retener en pie creencias, instituciones, alianzas. Estaba desconcertada.

Decidió que el próximo sábado se acercaría a la manifestación de los chalecos amarillos. Se preguntaba si ella, desde su cómoda vida, no era capaz de entender la rabia, el dolor y el miedo al futuro que a ellos les revolvía; debía escucharlos. Necesitaba saber.

8

Se dirigió a Montmartre. Había recibido una llamada de Nathalie, la mujer de un colega que hace un año había sido herido en un atentado en Kabul. Era su cumpleaños y quería darle una pequeña fiesta sorpresa para animarle, reuniendo a cuatro o cinco compañeros. El metro más próximo a la calle Muller, donde vivían, era Château Rouge. La zona norte del barrio era considerada el barrio africano de París. Allí vivían muchos franceses de origen africano, tanto del Sahel como del Magreb. Al salir de la estación del metro se percibía un ambiente lleno de colorido, de sonidos y olores diferentes. Mujeres vestidas y tocadas con los bellísimos *bou-bous*, típicos y coloridos vestidos africanos, o con *galabiyas* e *hiyabs*; hombres con chilabas y babuchas. Jóvenes desempleados apostados por todas partes en espera de ¡sabe Dios qué! El África negra y el árabe se mezclaban —a pesar del rechazo secular— en aquel bullicio de calles estrechas y empinadas repletas de tiendas de productos exóticos. ¡Cuánto le gustaban a Sylvie aquellos ambientes que le recordaban sus viajes!